

EL

ESPLENDOR

AGUSTÍN

MARTÍNEZ

Agustín Martínez



El Esplendor

«Cuando regresó, Rebeca no era ella», y, entonces, se congela en un silencio como el que provoca un accidente, el silencio que contiene el eco del frenazo y de los gritos. El médico, que le parece joven, demasiado joven, debe de tener pocos años más que él —no sabe por qué le molesta tanto el reloj Apple en su muñeca derecha, la correa trenzada y estampada con los colores del arcoíris—, no hace nada por llenar ese vacío, le concede un tiempo de cortesía a la espera de que César añada algún detalle y, al darse cuenta de que no será capaz, le señala una zona de espera en el pasillo, le promete que saldrá a buscarlo más adelante, una vez que tenga los resultados de las pruebas.

La máquina de *vending* emite un zumbido salpicado de brotes eléctricos, todo le parece defectuoso en el hospital: las paredes necesitadas de una mano de pintura, y el suelo de linóleo, que ha sido fregado demasiadas veces, desgastado en las zonas más transitadas. Las enfermeras, con una felicidad insultante, van y vienen de las habitaciones con carritos de medicamentos, los visitantes se arrancan sus máscaras de entereza cuando salen al pasillo y ya no necesitan fingir ante los enfermos. Es el mie-

do, César es consciente: un magma incandescente que hierve dentro de él y le distorsiona los sentidos como una fiebre.

«Cuando regresó, Rebeca no era ella», ha dicho, y casi puede verla entrar en casa hace solo unas horas, la noche pasada. Dejó la maleta en el recibidor, la gabardina que compró en Chloé colgada del asa. Él le dio un beso fugaz, un abrazo. Rebeca olía a sudor y a cansancio, lo creyó normal después del viaje: la atmósfera del tren, del taxi, de espacios desconocidos para él, estaban pegados a su piel. Tampoco le quiso dar mucha importancia a la leve contracción de su gesto cuando se separaron, como si él le hubiera hecho daño. «Se me hace tarde», dijo César a modo de disculpa. Ya habían pasado las diez de la noche y todavía tenía una media hora de camino hasta el hotel donde trabajaba. Rebeca no intentó retenerlo, ni siquiera filtró un matiz de decepción porque él no hubiera pedido el día libre. «Estoy hecha polvo», le dijo ella, y su mirada rebotó por el pasillo en dirección al dormitorio, como una pelota lanzada sin ganas; todo lo que necesitaba era alcanzar la cama y dormir.

No fue hasta que estuvo en la calle, esperando el verde del semáforo de la glorieta de San Bernardo, en mitad del caos de tráfico y de chavales que iban camino de una noche de jueves en Malasaña, cuando le invadió una sensación de extrañeza. El breve encuentro con Rebeca se magnificó en su memoria, y lo que antes eran detalles sin importancia cobraron otro sentido. Su olor, los gestos, incluso el sabor de su boca le supieron ajenos, como si hubiera besado a una desconocida, y una tenue corriente de deseo le recorrió el cuerpo. Se sintió culpable y apretó

el paso por la calle Carranza, obligándose a desterrar esa excitación. Sin embargo, la idea de que algo no estaba bien persistió.

«¿Quiénes se supone que somos?», le preguntó César cuando Rebeca abrió por primera vez la casa donde habían decidido vivir juntos. Invadieron ese piso, en la plaza del Conde del Valle de Súchil, hacía casi siete años. Ellos apenas tenían veinte. «Yo soy la sobrina. Tú no eres más que un parásito que se aprovecha de mi herencia», se rio ella aquella noche. «Pero al que te encanta follarte», y se besaron hasta llegar a la habitación de matrimonio, todavía atestada de armarios y mesillas de maderas oscuras tapizadas de polvo. Cayeron en una colcha que amarilleaba e hicieron el amor bajo la mirada de los retratos de unas personas que, cuando se habían tomado esas fotografías, todavía eran jóvenes, y que ahora ya estaban muertas. El matrimonio no tuvo hijos, tampoco les quedaba familia. Rebeca había sabido, gracias a un amigo enfermero, que el dueño del piso había fallecido a causa de un cáncer dos meses atrás. El inmueble estaba vacío desde entonces. La esposa del hombre, una mujer rubicunda y de pelo cardado en las fotografías, había muerto mucho antes. Rebeca llamó a un cerrajero, cambió la llave una noche de viernes, y entraron ese mismo fin de semana. Los vecinos, ancianos en su mayoría, no se enteraron de nada, pero era evidente que preguntarían cuando los descubrieran instalados en su comunidad. Por eso debían decir que Rebeca era sobrina del difunto dueño. Al principio pensaron que podrían pasar un par de años, pero en estos siete nada los había obligado a huir. Ningún requerimiento oficial. Ningún familiar leja-

no exigiendo su herencia. Los ciento sesenta metros con terraza y vistas a la plaza se transformaron en los límites de su universo privado. Entre esas paredes crecieron hasta convertirse en adultos de esa manera en la que el amor mezcla las identidades, dos árboles cuyas ramas se injertan en el otro hasta que se alimentan de la misma savia.

¿Cómo podía asaltarle ahora a César la impresión de que Rebeca era una extraña? Una impostora. Aunque no la dijo en voz alta, la palabra le hizo detenerse, bloqueado a mitad de camino del hotel como un turista incapaz de ubicar el norte.

A raíz de aquella ocupación de la vivienda, Rebeca encontró un nuevo oficio, o tal vez fuera el relato de orfandad de César lo que hizo que prendiera la idea, él no estaba seguro. Ella descubrió que, si se hacía de manera legal, podía ser mucho más rentable. Recurrió a Merino, un abogado al que César y ella habían conocido antes de invadir el piso del Conde del Valle de Súchil, cuando tuvieron problemas con la justicia. Los mismos problemas que habían cruzado sus vidas. Rebeca no tenía el título universitario de Merino, pero lo necesitaba. Su plan: localizar a hombres y mujeres que hubieran fallecido sin herederos. Buscar a familiares de tercer o cuarto grado, gente que en algunos casos ni siquiera sabía que guardaba parentesco con el finado. Ayudarlos a conseguir su parte de la herencia a cambio de una comisión del treinta por ciento. Todo legal gracias al título de Derecho que Merino tenía colgado en un salón viejo y poco ventilado que también hacía las veces de oficina. Así, Rebeca conseguía arañar en algo a lo que la ocupación ilegal de una casa no le daba acceso: las cuentas bancarias.

«Es como jugar a la lotería, pero siempre ganas», le decía a César. Nadie muere sin nada, es imposible deshacerse de todo lo acumulado a lo largo de una vida antes de desaparecer. Una parte de lo que dejaban atrás los fallecidos, si encontraba a algún familiar, era para Rebeca. Porcentajes de los ahorros en el banco o de las propiedades una vez liquidada la herencia. Como una surfista que sueña con la Gran Ola, se zambullía en cada caso con la esperanza de que, al escarbar entre esas posesiones ocultas, apareciera una fortuna.

Todavía no había tenido suerte, pero el caso de Juan Vendrell pintaba mejor que otros. Eso le había dicho antes de emprender el segundo viaje a Oristà, un pequeño pueblo de interior en la provincia de Barcelona, hacía diez días. ¿O había sido menos tiempo? César no estaba seguro. Puede que fuera más, tal vez doce, y se descubrió intentando ubicar el día exacto en que Rebeca se marchó; fueron a la inauguración de una coctelería, de eso creía estar seguro, él pasó la noche en el trabajo y, al volver a la mañana siguiente, Rebeca ya había salido hacia la estación. Encendió el móvil camino del hotel y abrió el chat de WhatsApp, esperaba que sus conversaciones le revelaran la fecha de su partida. Cifrar el tiempo que Rebeca había estado fuera era una cuestión urgente.

No se habían escrito en los últimos quince días. El último mensaje, un recordatorio de que tenía que comprar café junto a un emoji tan sonriente como vacío, era bastante anterior a la mañana en que se había ido.

Ahora, Rebeca está en el hospital. Él, nervioso, tamborilea con los dedos en la silla de la sala de espera, mientras aguarda que el médico salga a darle los resultados de las pruebas. Con el vértigo de que sean malas noticias. De que ya sea demasiado tarde. De que las horas que perdió anoche, ajeno a lo que le estaba pasando a Rebeca, fueran vitales. Y, como el que se castiga hurgando en la herida abierta, recuerda cuando entró en el Rosewood Villa Magna, saludó a los compañeros y, siguiendo la rutina de cada noche, pasó al cuarto de recepción, se vistió con el traje de Tom Ford que le había dejado la lavandería y que, más que un empleado, le hacía parecer un huésped. Uno con el que todo el mundo quiere estar.

—Te están esperando en el restaurante. Park Jin-woo. Coreano. Ejecutivo de Hynix.

El ritual de cada noche esta vez le resultó tedioso. El encargado del turno le entregó una tarjeta con algunos datos más: la ciudad de donde era originario el huésped, Icheon, y el motivo de su viaje a Madrid, acuerdos de distribución de las memorias *flash* de su empresa. Cierta vanidad, la seguridad de que ese ejecutivo coreano no iba a olvidar esa visita, lo hizo sentirse algo mejor. César iba a abrirle las puertas de la ciudad y esperaba que, como el aire viciado que limpia una brisa, el laberinto de preguntas sin respuesta y extraños presagios que le había traído el regreso de Rebeca se desvaneciera.

Una de la mañana. Desplegó ante Park Jim-woo su repertorio de anécdotas y conexiones entre antiguos huéspedes del hotel como el cómico que pone en marcha la máquina de gags cuya eficacia ya ha probado. El Club Magno. Champán y bengalas centelleando porque

alguien había pedido un *bottle train*, doce botellas sobre las bandejas de las camareras, que penetraban hasta los reservados sobre sus stiletos. Música electrónica. Un DJ residente. El local no es más que un trasunto provinciano del Club Jewel en Manhattan, el Ace Night Club de Miami South Beach, el Club Holla en Cannes. Imita sus estructuras sobre la base de un antiguo teatro, una pista de baile rodeada de sofás reservados para clientes vips, botellas de Louis Roederer o Veuve Clicquot a más de mil euros. Los promotores como Noah tienen el encargo de decorar el lugar con las chicas más guapas de la ciudad, veinteañeras que sueñan con ser actrices o modelos, algunas ya han logrado desfilar. Otras, más realistas, no tienen más aspiración que estar ahí; lo único que deben hacer es exhibir su belleza, reír y aplaudir ante el derroche. Es la euforia de la opulencia. Entre los clientes no hay actores ni estrellas de las redes sociales, los habitantes del Club Magno son los dueños del dinero: ejecutivos de grandes empresas, CEO de tecnológicas que no tienen tiempo para gastar todo lo que acumulan. De todos modos, Madrid no es más que un pálido reflejo del lujo que se vive en otras ciudades del mundo. Una imitación de una imitación de una imitación, el resultado de una cadena de producción que, aunque cueste diferenciarla del original, no es más que un sucedáneo.

—¿Tienes algo para el coreano? —Noah se pegó a su oído, un dedo apretando bajo el lóbulo para que le oyera a pesar del estruendo electrónico de la música.

—¿Eme?

—Y un par de gramos, que no quiero que se vaya demasiado pronto.

Noah se lleva una comisión por cada botella que pide Park Jin-woo. Sus chicas, preciosas, felices, clavan los tacones en la tapicería de los sofás para bailar. Para que hombres como él deseen que la noche no acabe nunca y pidan un Roederer tras otro. Helena, Marta, Vivian..., César las conoce a todas. Sin embargo, el acuerdo que tiene con Noah no está relacionado con las chicas. Se conocen desde hace más de dos años y lo considera el mejor promotor de Madrid; sus chicas son perfectas, pero la noche puede durar más cuando el champán se adereza con la química. César no quiere que en el hotel sepan que, además de acompañar a clientes selectos por la noche de Madrid, también es su *dealer*. Usa a Noah de intermediario y los dos salen ganando. El promotor, porque así clientes como Park Jim-woo siguen gastando; César, porque «completa su sueldo», como le dice a Rebecca, aunque la realidad es que gana mucho más con el tráfico que con la nómina del Villa Magna.

—Tío, ¿puedes pasarme un gramo? —Un idiota aprovechó que César estaba en la barra para abordarlo. Camisa blanca de Hugo Boss, vaqueros de Dior, pero empapado en sudor, las pupilas dilatadas—. Mi camello no me coge el teléfono.

—Claro, príncipe. ¿Solo coca? Tengo unas pastillas que no te imaginas cómo te ponen... Esta noche puedes echar el mejor polvo de tu vida. —Y, sin esperar su respuesta, le deslizó una pastilla bajo la lengua—. A la primera invita la casa.

César cogió el agua con gas que había pedido y subió a un reservado en los palcos. No había pasado ni una hora cuando, desde arriba, vio que los de seguridad se

llevaban a rastras al idiota sudoroso. Aquí se celebra la felicidad, nadie quiere la compañía de los que no saben beber o drogarse y acaban por montar un drama. El subidón de la pastilla había dejado laxo al idiota después de vomitar y orinarse en la pista; no iba a recordar qué había pasado en el Club Magno cuando despertase al día siguiente con la peor resaca de su vida.

César intentó recuperar el buen humor, pero fue imposible, aunque sabía que estaba a kilómetros de distancia de tipos como ese que lo había tomado por un camello cualquiera. Las bengalas anunciaron un nuevo *bottle train*. Las chicas de los promotores lo celebraron con risas y aplausos mientras el DJ elevó la música en un *crescendo* que chisporroteaba con la misma efervescencia del club.

Cinco de la mañana. Regresó al hotel en taxi y, como quien no es consciente de que hay una fuga de agua hasta que el suelo se ha inundado, se descubrió pensando de nuevo en Rebeca y en la desagradable distancia que había notado con ella.

¿Cuándo sucedió? ¿Por qué empezaron a sentir que no era necesario hablar al menos un momento cada día cuando ella salía de viaje? Los fallecidos que no habían hecho testamento podían estar en cualquier rincón del país. Rebeca lo llamaba desde un pueblo de Galicia para contarle que tenían unas tierras que podían valer mucho, las eólicas las estaban pagando bien, y que había localizado a una sobrina que vivía en Francia. Desde una ciudad en Extremadura le mandaba fotos de un diario

que había encontrado en casa de la anciana muerta. Estaba repleto de fantasías sexuales. Un chico de veintitrés años falleció en un accidente de tráfico en un pueblo del Levante. Era estadounidense y había cortado lazos con su familia, pero Rebeca descubrió que podía tener una fortuna en criptomonedas. Se desplazó hasta un pueblo de Utah para que sus padres recibieran la herencia. Fue el caso más rentable y también el más triste.

Cuando volvió, César se tomó unos días de vacaciones para estar con ella. Viajaron a la costa, a un pueblo en el cabo de Gata. Aunque habían firmado una suerte de pacto por el que no hablaban del pasado, como si los años previos a conocerse no hubieran existido —«No me importa quién eras, sino quién quieres ser», le dijo alguna vez Rebeca, a lo que él replicaba: «¿Tengo que ser algo más aparte de tu amante?», «Te querría más si fueras millonario», solía bromear ella—, y a pesar de esa veda que les permitía vivir solo en la felicidad del presente, César sabía que a Rebeca le dolía indagar en las relaciones familiares de los casos porque podían transformarse en un espejo de su propia vida.

En la playa, le dio las pocas pinceladas que tiene de su pasado: el abandono de su madre cuando tenía doce años, la frialdad de su tía Patricia, con la que había vivido hasta que se mudó a Madrid. Rebeca llevaba clavada la vergüenza de haber sido rechazada, engañada. Una inseguridad que enmascaraba bajo esa obsesión por desterrar el pasado, como si evocar esos años pudiera derrumbar a la nueva Rebeca que había construido. En aquel mismo viaje, durante el trayecto de regreso, una tormenta los obligó a salir de la carretera y César estuvo a punto

de confesarle la verdad de su propia historia —el fuego y las causas de su orfandad—, pero al final se contuvo. Porque sintió miedo. ¿Cómo decirle que lo que le había contado hasta ese momento era mentira? ¿Y si al revelarle el engaño ella lo dejaba? Prefirió dejar las cosas como estaban, que ella creyera la fantasía que ya le había contado: de qué manera, a los dieciséis años, perdió a sus padres y a su hermana en un incendio fortuito.

Fueron felices durante aquellos días en Almería, fueron aún más felices la noche de la tormenta; habían alcanzado una conexión como la de esos árboles que decía Rebeca, que viven el uno del otro y, fusionados, crean un mundo cerrado. Pero ¿cuánto tiempo hacía de aquello? ¿Dos años? Luego, de manera silenciosa, se fue abriendo una brecha entre ambos, como un abismo creciente que los alejaba porque aprendían a vivir los días sin la presencia del otro. Como el satélite que orbita cada vez más lejos, libre de la atracción que antes ejercía el planeta sobre él.

Rebeca se había ido hacía diez días —quizá eran más o quizá menos, seguía sin ser capaz de precisarlo— y no habían tenido la necesidad de escucharse. Diez días paralelos. César pensó entonces que esa otredad que había notado en Rebeca, como si sobre su piel hubiera una piel nueva y extraña, era una capa de protección, un escudo que había levantado contra su distancia. Un castigo.

Al regresar al hotel, fue directo a los ascensores y subió a la quinta planta. Habitación 502. Dio tres golpes en la puerta. Tardaron tanto en abrir que tuvo que

repetirlos. Cora apareció al otro lado con una camiseta que le estaba grande y le caía a la altura de los muslos. Tenía estampado en la espalda el logotipo de una empresa de catering. No llevaba más ropa.

—Está prohibido fumar. —César no esperó permiso para abrir la ventana—. Te va a saltar la alarma de incendios.

—Eso es una leyenda: ¿a quién le ha saltado el aspersor por encenderse un cigarrillo? ¿Tú conoces a alguien? Y todas fumamos en los hoteles.

—Tú no puedes fumar.

En la *boiserie* que rodeaba la ventana, la madera estaba abombada, la humedad se había estancado detrás de los paneles. No era la única habitación afectada, pero sí aquella en la que los daños eran más evidentes. Las reformas estaban previstas para finales de agosto. Mientras tanto, César había instalado a Cora en esa habitación donde nadie entraba. Estaba delgada, sus brazos, dos alambres que asomaban por las mangas de la camiseta, evitaron que César le quitara el cigarrillo de las manos hasta que el manoteo se convirtió en un juego y cayeron sobre la cama riendo, «cuidado con las brasas, vas a quemar las sábanas», le dijo César cuando por fin le arrebató la colilla y la echó al inodoro.

—¿No queda nada? —preguntó al descubrir la nevera vacía.

—Estoy secuestrada en este puto hotel de lujo; ¿qué quieres que haga? Ver la televisión, fumar y comer. Aunque, si te apetece, podemos llamar al servicio de habitaciones. ¿Pedimos una botella de champán? O cava, como los pobres.

En la papelera se acumulaban envases de fiambre y latas de cerveza, pero también pequeños trozos de papel de aluminio quemados. César arrastró los pies hasta el sillón. Se dejó caer, más triste que cansado.

Las cosas se torcieron para Cora cuando creyó enamorarse de un norteamericano que estuvo visitando Madrid regularmente durante un año, el tiempo que tardó en desestimar el proyecto de un parque de atracciones en la ciudad y, también, a la propia Cora, aunque, como recuerdo, le dejara la adicción a fumar heroína. La droga volvió impredecible el carácter de Cora —discusiones con Noah en mitad de un club, malos gestos con clientes— y también ensombreció su físico; adelgazó y la piel se le tiñó de una película grisácea. Noah dejó de contar con ella, fue expulsada de ese mundo exclusivo, se acabaron los sueños de fiestas en la Riviera francesa o en la isla privada de Mustique.

César quedaba a veces con ella y, en cada cita, la encontraba peor. Más triste, más sucia, más desesperada. La puso en contacto con Milo, el griego que surtía de material a César, aunque ya suponía que no saldría bien. Milo nunca vio un céntimo de las pastillas que le encargó vender a Cora. No sabe si se quedó con el dinero o si, como ella le dijo, algún yonqui se las robó mientras dormía en un portal. «Acababa de colocarme, coño, eso es ser muy cabrón. Robarle a una adicta». César se la llevó al hotel y le dio la llave de la habitación 502 llena de humedades. Nadie entraba en ese cuarto que creían vacío. Solo tenía que aguantar un tiempo hasta que a Milo se le pasara el cabreo y renunciara a romperle la cara.

—¿Qué es lo que te pasa?

César se encogió de hombros y dejó flotando una voluta de humo en el cuarto. Pensaba que todo era culpa del idiota sudoroso del club que lo había tratado como a un camello. Cualquiera otra noche habría reaccionado de manera diferente. «Te equivocas de persona», le habría dicho para darle la espalda a continuación. Sin embargo, le había metido en la boca una pastilla de MDMA mezclada con una alta dosis de fentanilo. Las reservaba para aquellos que ya se habían colocado tanto que necesitaban una bomba para olvidarse de quiénes eran. No sabía por qué había actuado con esa crueldad, como si se estuviera vengando de algo a través de ese pobre diablo.

—Supongo que es una de esas noches de mierda, Cora.

—Si tuviera un chino, sabría cómo ayudarte.

—¿Te importa si cierro los ojos un poco?

—Mi casa es tu casa. ¿Seguro que solo quieres dormir?

Siete de la mañana. Había dejado el traje en la lavandería; lo tendrían listo para la noche siguiente. La mañana del viernes le resultó anémica. Ni el ruido de la ciudad era el habitual, como si una sordina lo filtrara, ni el amanecer terminaba de despejar el día; una tela, un sudario, pensó, envolvía el cielo. Debían de ser la nube de contaminación, el calor del verano y la ausencia de corrientes de aire, que la hacían más densa. Se frotó el ojo derecho. Algunos días la queratitis de la córnea dibujaba sobre su visión un fantasma, siempre lo había llamado así. El incendio le había dejado esa lesión como un eterno recor-

datorio, emborronando todo lo que veía. Pero esta mañana no era solo eso. Pensó que tenía la cabeza embotada porque el breve sueño de la noche había sido demasiado profundo, hasta que una revelación se abrió paso entre la maraña de pensamientos como un instrumento que estalla e impone una melodía nueva a la orquesta. Esa revelación le permitió releer las sensaciones de la noche pasada y darles otro sentido, uno tan evidente que lo hizo sentirse imbécil. El hartazgo en su trabajo, la frustración de moverse en ese ambiente artificial, la saña gratuita con el tipo del club —incluso la tristeza al lado de Cora—, solo tenían un motivo: no quería estar en ninguno de esos lugares esa noche. Debería haberse quedado al lado de Rebeca hasta hacer desaparecer la sensación de que ella era una persona que no conocía.

Los retrasos que le imponía la ciudad, los semáforos en rojo, el atasco ya cerca de la glorieta de Bilbao y el ascensor que nunca llegaba lo exasperaron. Lo empujaba una extraña premonición, la de que algo se había roto y de que ya era tarde para arreglarlo. Necesitaba entrar a casa a toda prisa y, si ella dormía, acostarse a su lado para que pudieran despertarse juntos y, a partir de ahí, empezar a coser la cicatriz que, sin darse cuenta, los había estado separando.

Al abrir la puerta, sintió que la extrañeza que había acompañado la llegada de Rebeca había acabado por contagiarse a toda la casa. La cocina y el pasillo le resultaron diferentes, alterados de una manera sutil; cada elemento estaba situado donde solía estar, pero, al mismo tiempo, era un lugar distinto. No sabía si se debía a algún efecto de la luz que bañaba a esas horas el salón y que,

lechosa, como un banco de niebla, invadía el piso. Entró con sigilo en el dormitorio, pero la cama estaba vacía. La maleta, lo comprobó después, seguía donde Rebeca la había dejado al llegar, en el recibidor, la gabardina de Chloé colgada del asa como una ahorcada, los faldones se extendían por el suelo. Una pelusa se había pegado a ellos.

Rebeca estaba tumbada en el sofá del salón, al principio creyó que dormía, le dio pena, había imaginado que la encontraría en la cama, que se podría abrazar a ella, y estuvo a punto de salir sin hacer ruido. Pero reparó en que tenía los ojos abiertos y, descubrirla así, con una mirada estática clavada en el vacío, una mirada que ni siquiera se alteró cuando se acercó a ella o dijo su nombre, le provocó un agujero en el pecho.

Tenía los ojos abiertos y perdidos en la nada como si estuviera muerta.

Se arrodilló a su lado y buscó su pulso en el cuello; latía y también pudo comprobar que, aunque muy despacio, su pecho oscilaba como una suave marea: estaba respirando. El alivio duró solo un instante, el de la falsa impresión de que dormía con los ojos abiertos. Al apoyar la mano en su brazo, notó que los músculos de Rebeca estaban en tensión, parecía apretar un objeto invisible y, después, se dio cuenta de que todo su cuerpo estaba contraído en ese esfuerzo. Los músculos del cuello, de las piernas, incluso de la cara se dibujaban con las sombras de una torsión que no podía explicarse, como si le hubiera alcanzado una descarga eléctrica para petrificarla en ese gesto de extrema rigidez. «¡Rebeca!», probó a despertarla de nuevo, ya no con delicadeza, sino zarandeándola.

Cada intento multiplicaba su angustia. Rebeca seguía sin reaccionar a ningún estímulo y, cuando él trató de moverla, su cuerpo se mantuvo tan firme como si manipulara una de esas terribles figuras calcinadas de Pompeya; podía resquebrajarse y transformarse en cenizas, y, al mismo tiempo, tenía la seguridad de que, bajo esa capa de tensión e inmovilidad, Rebeca estaba viva, sufriendo, puede que ardiendo, pero viva.

Se le anudó la garganta, iba a romper a llorar, pero antes de hacerlo, César llamó al teléfono de emergencias.